

## I

Oye lo que te voy a decir: sal de tu casa en una noche clara, o más bien sal de la aldea, sube a lo alto de una colina y contempla el cielo y la tierra. Mira cómo la luna pasea por el cielo, cómo brillan las estrellas, cómo suben de la tierra las nubecillas leves y se van a lo desconocido, semejantes a viajeros rezagados, por los caminos misteriosos. El bosque, adormecido, presta oído a los milagros que se realizan en su seno; el riachuelo corre con un leve murmullo, y cuenta cuentos a los árboles que se reflejan en sus aguas. Contempla todo y dime si hay milagros que sean imposibles en esta casa de Dios que se llama mundo.

En el mundo todo es posible. Así, pues, en mi amigo el molinero de Novokamenka se realizó un milagro. Es toda una historia. Si todavía no la habéis oído, os la quiero contar; pero no me pidáis mi palabra de honor sobre la verdad de los hechos. ¡Eso no! Por más que yo le oí referir esta historia al molinero mismo, no estoy seguro de que sea verdadera. Así y todo, voy a contárosla.

Una noche, después de los oficios en la iglesia de Novokamenka, el molinero entró en su molino, que distaba de la iglesia unas tres verstas<sup>1</sup>. Estaba de mal humor, sin saber él mismo por qué. En la iglesia todo había ido admirablemente, y nuestro molinero, que tenía una magnífica voz, había cantado las plegarias con tanto celo que la gente había quedado sorprendida. «¡Qué garganta! —decían con gran respeto—. Pronuncia las palabras tan de prisa que no se le puede entender nada. Es como un coche que rueda sobre el pavimento a toda velocidad...».

El molinero, que todo esto escuchaba, se complacía en trabajar lo mejor posible para el Dios santo. Era su cantar tan fuerte y tan largo, que al final tenía la garganta seca y los ojos enrojecidos.

Después de los oficios, el «pope» invitó al molinero a su casa y le ofreció té; además, la mujer del «pope» puso sobre la mesa una garrafa llena de «vodka», que retiró casi vacía. Y cuando el molinero volvía a su casa, la luna caminaba ya sobre los campos, reflejándose en el pequeño y rapidísimo río Kamenka.

Algunos aldeanos estaban ya recogidos; otros estaban sentados aún a la mesa; los había también que andaban fuera de casa, admirando la clara noche de otoño. Los viejos permanecían en los umbrales; los jóvenes, algo apartados, en la sombra negra de las tapias y de los jardines de cerezos, donde no se les podía ver; sólo se oían, aquí y allá, voces tenues, una risa ahogada; a veces,

---

<sup>1</sup> N. del E. Medida rusa equivalente a 1.067 metros

hasta el beso de una pareja juvenil. ¡Dios mío, qué cosas pueden pasar a la sombra de los cerezos, en una noche clara y dulce!

El molinero no veía a nadie; pero todos veían al molinero, porque iba por en medio de la calle, a la claridad de la luna. A veces le decían:

—¡Buenas noches, señor molinero! ¿Viene usted, probablemente, de casa del «pope»?

Todo el mundo lo sabía, sin preguntarlo; pero al molinero le gustaba mucho contestar a todas aquellas preguntas, no sin orgullo:

—¡Ah, sí! ¡El «pope» me ha entretenido lindamente!

Y, lleno de soberbia, seguía su camino. Otros no querían que el molinero les viera, y se callaban cuando paraba junto a ellos. Pero el molinero no era de los que pasan sin ver a sus deudores. De nada les servía esconderse y callarse como si tuvieran la boca llena de agua; el molinero los abordaba con estas palabras:

—¡Buenas noches! Os reconozco bien. Podéis esconderos todo lo que queráis, pero procuradme para mañana el dinero que me debéis. No espero ya más, os lo aseguro.

Y seguía su camino, y su sombra corría tras él. Era tan negra, que el molinero, que sabía leer y gustaba de pensar cosas elevadas, se decía:

—¡Es extraño: mi chaqueta es blanca como la harina, y mi sombra es negra como el hollín!

Pronto llegó a la taberna del judío Iankel<sup>2</sup>, que estaba sobre una colina. Aunque el sábado, día festivo de los israelitas, tocaba ya a su fin, ni Iankel ni sus hijos estaban allí; sólo se veía a su mozo, Iarko, que les reemplazaba siempre los sábados y días de fiesta. Iarko encendía las bujías y recibía el dinero de los clientes, porque, como todo el mundo sabe, los judíos son muy religiosos y su religión les prohíbe durante sus fiestas percibir dinero y encender las bujías. Todo esto lo hacía por ellos Iarko, un

---

<sup>2</sup> Jacob

viejo soldado, en tanto que Iankel, la mujer o los hijos vigilaban sus movimientos para que no cayera, por casualidad, alguna moneda en los bolsillos del mozo. «¡Qué ladinos son estos judíos —pensaba el molinero—. Saben contentar a su Dios y, al mismo tiempo, no se dejan engañar. Además son muy inteligentes, mucho más inteligentes que nosotros!».

Se detuvo ante la puerta de la taberna, cerca de la cual se veían numerosas huellas de clientes que iban allí desde la mañana hasta la noche, y llamó:

—¡Iankel! ¡Eh, Iankel! ¿Estás ahí?

—No está aquí, ya lo ve usted —respondió Iarko.

—¿Dónde, entonces?

—¡Naturalmente, en la ciudad! ¿Es que no sabe usted qué día es el de hoy?

—¿Qué día es?

—¡Yom Kipur!

«¡Vaya una explicación!», pensó el molinero, que no comprendió nada.

Hay que decir que Iarko era un hombre letrado y orgulloso. Gustaba de demostrar su erudición, sobre todo ante el molinero. Hasta sabía cantar en la iglesia; pero su voz era un poco acatarrada, y le era difícil rivalizar con el otro; en cambio, le superaba en todas las demás cosas. Por cada palabra que decía el molinero, Iarko encontraba una docena. Cuando el molinero decía «no lo sé», Iarko respondía «pues yo sí lo sé». En fin, un hombre de mal carácter.

Esta vez ocurrió lo de siempre: para confundir al molinero había pronunciado una palabra muy rara. El pobre molinero empezó a rascarse la cabeza.

—Parece ser que ni siquiera sabe usted qué fiesta es ésta —preguntó con maldad Iarko.

—¡Yo no estoy obligado a conocer todas las fiestas judías! —respondió el molinero—. Yo no estoy a su servicio...

—Se equivoca usted al decir «todas las fiestas».

Esta es muy particular. No viene más que una vez al año. Le diré aún más: ningún pueblo, en el mundo entero, tiene una fiesta semejante.

—¿Qué me dice usted?

—¿Ha oído usted hablar de Japun?

—¿Cómo?

Ahora lo comprendía. ¡Qué bruto era! ¡No haberlo entendido antes! ¡Ya estaba al cabo del asunto!

Miró por la ventana al interior. Sobre el piso se había esparcido paja y hierba; en los candelabros, dobles y triples, ardían pequeñas bujías. Se oía un ligero rumor, que parecía el zumbido de varias abejas gigantes. Eran la joven con quien se había casado Iankel, después de la muerte de su primera mujer, y varios niños judíos que, con los ojos cerrados, murmuraban en tono muy bajo plegarias, de las que no se podía entender una sola palabra. Pero en aquellas plegarias había algo extraño: le parecía al molinero que en el interior de aquellos judíos se encontraba algún otro que lloraba, suplicaba... no sabía quién ni por qué. En todo caso, no por lo concerniente a la taberna, al dinero y demás cosas del mismo género.

El molinero, al oír la plegaria, se entristeció. Le daban lástima aquellas gentes. Cambiando una mirada con Iarko, le preguntó:

—Rezan. Con que, ¿Iankel está en la ciudad?

—Sí.

—¡Pero es una tontería! Puede suceder que Japun, el diablo judío, atrape precisamente a Iankel.

—En eso tiene usted razón. Yo, por ejemplo, y eso que he tomado parte en la guerra contra los infieles y he sido condecorado con una medalla, no iría en esas condiciones a la ciudad. Me habría quedado en casa, y el Japun no hubiera podido llevarme.

—Pero, ¿por qué? ¿Es que no puede venir a la casa lo mismo?

—¿No me comprende usted? Se lo voy a explicar. Pongamos que usted va a comprar una gorra; ¿dónde iría usted?

—A una sombrerería, naturalmente.

—¿Y por qué?

—¡Toma! Porque allí hay todas las gorras que uno quiera.

—Pues bien; hoy, en la sinagoga, hay también todos los judíos que uno quiera. Gritan y lloran tan fuerte, que se les oye de un extremo a otro de la ciudad. Naturalmente, Japun, que tiene que llevarse un judío, sería tonto buscándole en los campos, en los bosques y en las aldeas. No tiene a su disposición más que un solo día al año y no va a perder el tiempo, tanto más cuanto que en ciertas aldeas no hay ni un solo judío...

—Apenas habrá una que otra.

—Pero así y todo, las hay. En fin, en la Sinagoga, Japun tiene mucho y bueno donde elegir.

Ambos callaron. El molinero temía que Iarko se pusiera de nuevo a decirle cosas incomprensibles, y estaba malhumorado. Por las ventanas seguía oyéndose el zumbido de los judíos.

—A lo mejor todo eso es fábula —dijo el molinero por hacer rabiar a Iarko—. La gente dice a veces tonterías. Cualquiera inventa una mentira y los demás la toman en serio.

Estas palabras produjeron muy mal efecto en Iarko.

\* \* \*

—Sin embargo, no soy yo el que ha inventado eso. Ni yo, ni mi padre, ni mi abuelo. Todos los cristianos lo saben.

—Sí; pero..., ¿lo ha visto usted con sus propios ojos?

Cuando estaba de mal humor, el molinero llegaba a afirmar que no creía ni siquiera en el diablo, mientras no se lo enseñaran vivo.

—Sí; contésteme usted —insistió—. ¿Lo ha visto usted con sus propios ojos? Y si usted no lo ha visto, lo mejor es no hablar más de ello.

Iarko estaba un poco apurado y hasta tuvo un momento de vacilación. Pero no era hombre que capitulara.

—No —dijo—; no lo he visto, lo confieso francamente; pero, dígame, señor molinero, ¿ha visto usted alguna vez Kiev?

—No, nunca; también se lo confieso francamente.

—Y sin embargo, Kiev existe, a pesar de que usted no lo ha visto nunca.

El molinero estaba vencido.

«Es verdad —pensaba—. Kiev existe, aunque yo no lo haya visto nunca. Probablemente, habrá que creer en la gente cuando afirma algo».

Y dijo:

—Admitamos que tenga usted razón. Pero ¿a quién le ha oído usted contar eso?

—¿A quién? Y usted, ¿a quién le ha oído hablar de Kiev?

—¡Diablo! ¡Tiene usted una lengua!... Es una navaja.

—Porque tengo razón. Una vez que todo el mundo lo dice, hay que creer en ello. Si no fuera verdad, las personas serias no lo hubieran dicho. Sólo los mentirosos cuentan patrañas...

—¡Ta, ta, ta!... Basta, hombre. ¡Una máquina parlante! Ya veo que he quedado mal. Quizá tengas razón. Pero, ¿cómo puede saber la gente lo que pasa hoy en la Sinagoga?

—Toma, pues porque sucede todos los años. Si esas cosas no pasaran, no se hablaría de ellas.

—¡Dios mío, qué hombre! Pero, en fin, ¿qué es lo que pasa?

—Pero, ¿es que ni siquiera sabe usted lo que pasa en la Sinagoga este día?

—Si lo supiera no te lo preguntaría. He oído a la gente hablar de cierto Japun; pero, en realidad, no sé de la misa la media.

—¡Pues por ahí debía usted haber empezado! Bien; ya que no lo sabe usted, voy a contárselo, porque, ya ve usted, yo he visto algo de eso, no soy como usted. He vivido largos años en la ciudad, he servido muchas veces en casas de judíos...

—¿Y eso no es pecado?

—¿Servir en casas de judíos? Para los paisanos, sí; pero no para los soldados. A los soldados se les suele dar permisos especiales.

—Eso ya es otra cosa.

Tras estos preliminares, Iarko contó al molinero toda la verdad sobre el Japun, que se lleva cada año un judío. He aquí lo que le contó:

Japun es un diablo judío. Se parece en todo al diablo cristiano; como él, es negro, tiene cuernos y alas; pero sus cabellos caen en largos bucles sobre las orejas, según costumbre de los judíos religiosos, y se toca con el mismo gorrito negro con que se cubren los judíos cuando rezan. Evita encontrarse con los cristianos; en cuanto ve a un cristiano cualquiera, aunque sea a media noche, escapa como un perro miedoso. Pero ejerce su poder sobre los judíos; todos los años se tiene que llevar al judío que elija.

El día designado para esta elección es precisamente el de Yom Kipur. Mucho antes de que comience el día, los judíos rezan, lloran, desgarran sus vestiduras y hasta se ponen ceniza en la cabeza. Antes de que caiga la noche, se bañan todos en el río o en el estanque, y en cuanto se pone el sol, se dirigen a la Sinagoga. Hasta muy entrada la noche se están oyendo allí sus gritos de dolor; gritan todos a la vez, cerrando los ojos de espanto.

Pues bien, cuando el cielo se ensombrece y aparece en él la primera estrella, Japun sale y empieza a volar por encima de la Sinagoga. Golpea las ventanas con sus alas y elige la víctima. Pero lo más terrible sucede a media noche. Los judíos son presa de un pánico loco. Encienden expresamente todas las bujías para no tener tanto miedo, caen por tierra y gritan como si les mataran. Y



precisamente en ese momento, cuando todos están echados en el suelo y llorando, Japun, como un enorme cuervo, penetra en la Sinagoga. Los judíos perciben el frío de sus alas, y la víctima que ha elegido siente cómo se clavan en su espalda las garras de Japun. Sólo de contarlo, le corre a uno un escalofrío por el cuerpo; ¡puede usted figurarse lo que sentirá el pobre judío! Desde luego, grita con todas sus fuerzas; pero como todos gritan enloquecidos, su voz no se distingue. Acaso alguno de los que se hallan a su lado oyen sus gritos de terror; pero no pueden hacer nada: son felices, porque la elección del Japun no ha recaído sobre ellos.

Iarko mismo había oído muchas veces el sonido de un cuerno en la Sinagoga. ¡Tan doloroso, tan lastimero! Era el guarda de la Sinagoga, que dirigía al pobre judío la despedida de sus correligionarios. Después, todos se ponían sus botas —porque en la Sinagoga no llevan más que babuchas— y, sin hablarse, se iban cada uno a su casa.

Iarko había visto también cómo se paraban, en pequeños grupos, a la luz de la luna, y murmurando plegarias, se ponían de puntillas y miraban al cielo. La Sinagoga permanecía desierta: en el vestíbulo quedaba sólo un par de botas esperando que su propietario las calzara. ¡En vano esperaban! Durante este tiempo, Japun se lleva al pobre judío, por encima de los campos, de los bosques, de las montañas y de los barrancos. Agita sus alas y procura no ser visto por ningún cristiano. Va muy contento si la noche es negra y el cielo está cubierto de nubes. Pero si la noche es clara y serena, como hoy, el diablo trabaja frecuentemente en balde.

—¿Por qué? —preguntó el molinero.

—Verá usted; porque basta que un cristiano cualquiera, aun el más simple y menos inteligente, grite a Japun: «¡déjale, que es mío!», para que el diablo suelte inmediatamente al judío. Usted mismo podría hacer esta experiencia. En cuanto se le grita: «¡déjale, que es mío!», el

diablo arroja su presa y se va volando como un gavilán herido, triste y melancólico.

El judío cae al suelo. Si la caída no es de muy alto, o si cae en un pantano, puede salir con vida; si no, está perdido; ni para el diablo ni para sí mismo.

—¡Lo que son las cosas! —dijo el molinero mirando con temor al cielo, donde brillaba la luna en todo su esplendor. El cielo estaba claro; solamente entre la luna y el bosque, que se veía sobre el horizonte, volaba rápida una pequeña nube. El molinero quedó muy sorprendido; a pesar de que no hacía viento y las hojas de los árboles no se movían, la nubecilla corría muy de prisa, como un pájaro, en dirección de la ciudad.

—Mire el cielo —dijo a Iarko—. ¿Ve usted?

El otro salió de la taberna, y apoyándose contra la puerta, alzó los ojos.

—Bueno, ¿qué es lo que ve usted? Una nubecilla de las más ordinarias...

—Pero, ¿acaso hay viento?

—¡Toma! ¡Tiene usted razón, caramba! Vuela con dirección a la ciudad.

Ambos examinaron el cielo, rascándose la cabeza.

A través de las ventanas se seguía oyendo el zumbido de las voces y se veían rostros amarillos y lacios, ojos cerrados, labios que susurraban algo. Los pequeños judíos lloraban con lágrimas ardientes, y de nuevo le pareció al molinero que otro lloraba dentro de ellos.

—¡Ya es hora de marcharse! —dijo el molinero por fin—. Quería devolver a Iankel el dinero que le debo.

—Pues bien; yo puedo recibirlo. Hoy soy yo el que le sustituye —dijo Iarko.

Pero el molinero hizo como que no le oía; la suma era demasiado importante para confiarla a un simple soldado retirado que había estado toda su vida corriendo por el mundo.

—¡Hasta la vista! —dijo.

—¡Hasta la vista! En cuanto al dinero, yo no tengo inconveniente en recibirlo.

—No se moleste usted; se lo devolveré al mismo Iankel.

—Como usted quiera; pero yo podría también recibirlo; eso no es ninguna molestia... De todos modos, ya es hora de cerrar la taberna; probablemente, a no ser usted, ya no habrá un perro que venga por aquí.

Se rascó la espalda, apoyándose contra el quicio de la puerta, silbó burlonamente, mirando al molinero que se alejaba, y cerró la puerta, en la que estaban pintados una botella, un bocal y una copa.

El molinero descendió de la colina y echó a andar por la calle, con su chaqueta blanca; la sombra negra le seguía sin cesar. Ahora ya no pensaba en esta sombra, sino en otra cosa muy distinta...